



AUSTERIDAD

HISTORIA DE UNA IDEA PELIGROSA

MARK BLYTH

CRÍTICA

Índice

Portada

Dedicatoria

Prólogo a la edición española

Prefacio. La austeridad como cuestión personal

1. El estreno de una obra titulada «Austeridad, deuda y moralidad»

Primera parte. ¿Por qué es preciso que todos nos comportemos con austeridad?

2. Estados Unidos: ¿Un sistema demasiado grande como para permitir su quiebra?

3. Europa : ¿Un área de extensión superior a toda posibilidad de rescate?

Segunda parte. Las vidas paralelas de la austeridad

Introducción a los capítulos 4, 5 y 6

4. La historia intelectual de una idea peligrosa , años 1692 a 1942

5. La historia intelectual de una idea peligrosa , años 1942 a 2012

6. Historia natural de la austeridad , años 1914 a 2012

Tercera parte. Conclusión

7. El fin de la banca, las nuevas narrativas y la época de impuestos que se nos avecina

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Para Juli

Este libro te ha exigido invertir tantas horas como a mí, y posiblemente más. La verdad es que no me habría sido posible escribirlo sin contar con tu afecto y tu apoyo. Gracias

Prólogo a la edición española

EN EL MOMENTO EN QUE REDACTO este prólogo para la edición española de *Austeridad*, y de acuerdo con algunas personas, se supone que debería empezar pidiéndole disculpas a usted, lector, por haberme animado a escribir este libro. La lectura que está usted a punto de iniciar ha de ser necesariamente errónea, al menos como explicación de «las vías que nos han llevado a empantanarnos de este modo» y crónica de «lo que no hay que hacer en una recesión», debido a que, según nos cuentan algunas personas, España está empezando a recuperarse tras haber puesto fin a nueve trimestres consecutivos de contracción con un 0,1 por 100 de crecimiento positivo en el tercer trimestre de 2013. De hecho, el conjunto de Europa el que está iniciando ahora mismo su recuperación, según nos indican, dado que la totalidad del continente también ha experimentado un crecimiento del 0,1 por 100 en ese mismo período de tiempo.

Por consiguiente, tras haber perdido el país en torno a un 20 por 100 de producto interior bruto desde el 2008 a causa de las medidas de austeridad implantadas —alcanzando con ello unos índices de desempleo que son los más elevados de su historia—, lo que ocurre en el caso de España es que no disponemos a celebrar el hecho de que al fin hemos «doblado el cabo» con una décima de crecimiento porcentual y que de ese modo hemos «probado la veracidad» de la afirmación que sostiene que la austeridad funciona. No obstante, esta prueba material parece extremadamente frágil, demasiado para poder respaldar un extremo de tanta relevancia —sobre todo teniendo en cuenta que se trata de una pretensión que el Fondo Monetario Internacional e incluso la propia Comisión Europea eluden en sus arranques de mayor sinceridad—. Sin embargo, examinémosla de acuerdo con sus propias premisas y veamos hasta dónde nos lleva esta reivindicación.

El respaldo empírico de esta afirmación resulta ser pasmosamente etéreo. Los principales indicadores señalan un descenso de un 1,22 por 100 de los índices de desempleo españoles —que previamente se habían situado en un pico máximo del 27,2 por 100 de la población activa—, y una tasa de crecimiento del 0,1 por 100 en el tercer trimestre de 2013, asociada al incremento del 8 por 100 que han registrado las exportaciones a lo largo de la primera mitad de 2013. ¿Cabe, por tanto, deducir que las políticas de recortes están dando al fin algunos dividendos? No si uno admite que el aumento del número de turistas que visitaron España a lo largo del verano de 2013 fue el factor que vino a generar las dos terceras partes de esa alza temporal del empleo. Y menos aún si nos fijamos en que el tercio restante es consecuencia de la contracción que ha experimentado en los últimos tiempos la población activa española, dado que tanto los inmigrantes extranjeros como los jóvenes licenciados universitarios han abandonado el país. Solo en 2013 han sido trescientos cincuenta mil los españoles que han dejado de pertenecer a esa población ocupada. El descenso del número de afiliados a la Seguridad Social que se ha registrado en este período también viene a sugerir que, dejando a un lado las variaciones de carácter estacional, la economía española continúa destruyendo empleo.

La mejora de las exportaciones se debe en gran medida al descenso del 7 por 100 que han sufrido las importaciones, puesto que los españoles están perdiendo poder adquisitivo al ver menguados sus salarios. De hecho, el comisario europeo de Asuntos Económicos y Monetarios Olli Rehn, que es un

acérrimo defensor de las políticas de austeridad, ha sugerido recientemente que los españoles acepten una reducción salarial del 10 por 100 a fin de poder tener empleo. Sin embargo, lo cierto es que desde el 2010, los salarios españoles han experimentado una caída superior al 7 por 100, y a pesar de ello las cifras del desempleo apenas han variado. No obstante, y aun admitiendo que estuviera en lo cierto, un recorte salarial del 10 por 100 solo produciría un incremento del empleo de un 1,2 por 100. Así las cosas, está claro que los españoles se habrán quedado sin blanca mucho antes de poder encontrar un nuevo trabajo. De hecho, a un ritmo de crecimiento del 0,4 por 100, España tardaría nada menos que sesenta años en volver a alcanzar los niveles de desempleo que tenía antes de la crisis —y que se situaban en el 8 por 100 de su población activa—. Suponiendo que esa velocidad del crecimiento se cuadruplicara solo se necesitarían quince años. Los expertos opinan que la tasa de crecimiento que precisa la economía española para generar empleo es aproximadamente del 1,5 por 100 de su producto interior bruto. Por debajo de este índice, la recuperación acabará dando paso a una situación que podríamos calificar en esencia como de recesión permanente. A largo plazo, no hay electorado que acepte votar por políticas que empobrecen a la población. ¿Cómo demonios hemos llegado a esta situación?

La historia que nos han contado una y otra vez es que los estados han gastado en exceso y que, como consecuencia, «los mercados» han perdido confianza en su capacidad para reembolsar la deuda acumulada, circunstancia que ha determinado que los tipos de interés que los estados han de pagar para atender su deuda (es decir, la rentabilidad de sus obligaciones) se hayan disparado. En ese sentido, la única forma de impedir la bancarrota es que el estado deje de gastar. Se suponía que esa medida vendría a propiciar la recuperación de la confianza empresarial —o que lograría aumentar al menos la tranquilidad de los mercados de bonos—. Al conseguirse esto, los tipos de interés de las obligaciones públicas descenderían, y como el déficit y el endeudamiento se contraerían, el país volvería a la senda del crecimiento y de la creación de empleo.

Como les encanta decir a los neoliberales, «no había otra alternativa». Y de hecho no habría más remedio que tomar dichas medidas, si ese fuera realmente el problema que tenemos. Sin embargo, la cuestión es que el problema nunca ha sido ese, ni en España ni de hecho en ningún otro país perteneciente a la eurozona. Nunca ha habido ninguna orgía de gasto público. Eso es un mito. Lo que se nos ha vendido como una crisis provocada por los excesivos desembolsos del sector público ha sido en realidad una crisis generada por un abuso del crédito por parte del sector privado (dado que, a fin de cuentas, no es posible que la solicitud de préstamos supere lo razonable si no existe al mismo tiempo una desmesura en el flujo crediticio). De este modo, los ahorradores del norte han prestado liquidez a los prestatarios del sur, y todo ello con la intermediación de los principales bancos europeos (que han asumido de forma generalizada unos niveles de apalancamiento superiores a toda buena práctica).

Pese a todo lo que se nos suele presentar como hechos o datos, lo cierto es que el endeudamiento medio de una nación desarrollada ha estado describiendo una curva descendente entre 2001 y 2008. Así, por ejemplo, el nivel de endeudamiento de España respecto de su producto interior bruto cayó hasta el 36,1 por 100 en 2008 después de siete años marcados por una constante disminución de la deuda —y no por su incremento—. Sin embargo, lo que se observa al mismo tiempo es un aumento del gasto público español, que pasa así de los veintisiete mil millones de euros de 2001 a los cincuenta y cinco mil millones de euros de 2010. Por lo tanto, la pregunta es la siguiente: ¿cómo puede atenderse a la deuda e incrementar simultáneamente el gasto público? La verdad es que resulta

bastante fácil si se permite que el excedente de ahorro procedente del norte de Europa venga a inundar los mercados de obligaciones y financie de ese modo, íntegramente, los mercados del sur. En tal caso el dinero no solo se vuelve muy barato en los países meridionales, sino que aparece a manos llenas viniendo a impulsar de ese modo un tremendo y explosivo crecimiento inmobiliario, creándose una burbuja que finalmente estalla en el momento en el que se agotan esos torrentes de liquidez que afluyen al sur procedentes de las regiones septentrionales (como sucedió en 2010).

Al producirse ese fenómeno, los bancos que se habían venido dedicando alegremente a la concesión de créditos se vieron de pronto desprovistos de la liquidez necesaria para cubrir la totalidad de los préstamos que habían firmado. Se volvieron así al Banco Central Europeo en busca de ayuda, una entidad que en un primer momento se negaría a actuar como un prestamista de último recurso para el sistema bancario europeo —lo que significaba en la práctica enviar a los mercados el mensaje de que no iba a haber rescates—. Como es lógico, llegadas las cosas a este punto, las personas que habían adquirido títulos de deuda denominada en euros —es decir, «los mercados»— se dijeron a sí mismas: «espera un momento, si el Banco Central Europeo no respalda esta deuda, a diferencia de lo que ocurre con la deuda estadounidense, que cuenta con la garantía del Sistema de Reserva Federal, entonces habrán de ser los estados soberanos los que tengan que responder del valor al que se negocia actualmente el precio de esos bonos. Ahora bien, si todos y cada uno de esos estados soberanos ha renunciado individualmente a disponer de una fábrica de moneda y timbre propia, como ocurre en la eurozona, y si todas esas naciones se hallan además inmersas en una recesión, entonces es que no podemos seguir considerando esos bonos como títulos equivalentes a los emitidos por Alemania, como hemos venido haciendo durante tantos años». En resumen, los mercados comenzaron a decir que había que incluir en el rendimiento de los bonos el riesgo de que la zona euro acaba fragmentándose, puesto que el Banco Central Europeo no estaba dispuesto a respaldar el mercado de los bonos —con la obvia consecuencia de que la prima de riesgo de las obligaciones se puso por las nubes—. Esta es la razón de que los tipos de interés de la deuda soberana pegaran el brinco que pegaron en 2010. Es algo que no tiene nada que ver con el hecho de que los gobiernos hayan gastado más o menos, siendo en cambio una consecuencia directa de otra circunstancia muy distinta: aquella en la que se encontraban unos bancos que no solo adolecían de un nivel de apalancamiento excesivo sino que esgrimían en sus balances generales unos números mayores que los de los propios estados (circunstancia agravada además por la pésima política económica del Banco Central Europeo).

La presente situación no ha sido en ningún momento una crisis causada por el hecho de que los estados hayan acumulado una deuda disparatada. Como tendré ocasión de detallar en este libro, el incremento de la deuda pública es una consecuencia de la austeridad, y no se ha producido al calor de un despilfarro anterior. La han generado los estados al permitir primero que el sector privado se diera un atracón a base de solicitar préstamos hasta el punto de perder el control de sus reservas y rescatarles después para evitarles la quiebra. Cuando sucede una cosa así, siempre hay alguien que tiene que pagar el pato de esos rescates y de esos procesos de recapitalización, así como el coste de la subsiguiente recesión. Podría pensarse que los individuos y entidades que más se han beneficiado de los rescates hayan de ser también los que más dinero tengan que poner encima de la mesa para devolver esas ayudas. Sin embargo, lo que ha ocurrido es justamente lo contrario. Lo que se constata en toda la zona euro es que se ha procedido al rescate tanto de los bancos como de los banqueros, que somos todos los demás los que tenemos que rascarnos el bolsillo. En el libro he explicado esto en un apartado que lleva el título de «La mayor táctica engañosa de la historia de la economía moderna».

porque eso es exactamente lo que ha sucedido.

No obstante, la auténtica tragedia va más allá de esta «táctica engañosa», y reside en prolongación *sine die* de todo un conjunto de políticas que son más parte del problema que de solución. Pese a resultar atractivas desde el punto de vista moral —«el deudor ha de saldar su deuda»— e intelectual —«si se ha acumulado una deuda excesiva hay que dejar de gastar»—, la verdad es que ambas narrativas son lisa y llanamente falsas. No existe ninguna obligación moral que nos empuje a pagar una deuda si ese gesto causa más perjuicios a más personas que beneficios al acreedor. Este es un hecho que cuenta con un espaldarazo aprobatorio de carácter internacional, al aceptarse en 1953 que el nivel de endeudamiento de Alemania quedara reducido en un 50 por 100 a fin de permitir que la economía alemana se recuperara. Algo que Berlín olvida actualmente, al negarse a aplicar esa misma comprensión a otros países.

En términos intelectuales, el ahorro únicamente tiene sentido si las cantidades que uno alcanza al poner a un lado producen unos ingresos. De lo contrario se establecería un juego de suma cero respecto del consumo. Por consiguiente, si todo el mundo trata de ahorrar todo cuanto puede y lo hace además al mismo tiempo que sus vecinos —máxime si se da la doble circunstancia de que los que ahorran son unos países que se hallan inmersos en una red que convierte a cada uno de ellos en el más importante socio comercial de los demás y viceversa; y de que ninguno de ellos tiene capacidad para controlar su propia divisa—, el resultado solo puede ser uno —y así lo indicaron en su momento todas las predicciones—: una aplastante recesión de campeonato. Surge, por tanto, la siguiente pregunta: ¿cómo es que se continúa aplicando esa política de austeridad cuando todo lo que genera es desempleo y destrucción del producto interior bruto?

Se nos dice que tenemos que perseverar en esta senda porque «hemos de ganar todos en competitividad». En concreto, los políticos alemanes utilizan las palabras «competitivo» y «estabilidad» del mismo modo que los políticos estadounidenses emplean los términos de «derechos» y «libertades». Son hermosas palabras con las que resulta muy difícil disentir, pero que, examinadas de cerca, dicen en realidad muy poco. Del mismo modo que no podemos ponernos todos a ahorrar al mismo tiempo, tampoco podemos ser todos simultáneamente «más competitivos», dado que ambas nociones son términos relativos. Y si la competitividad adopta fundamentalmente la forma de recortes salariales, entonces habrá que asumir que descienda la demanda de productos importados de otros países —productos que muy bien pudieran ser los de nuestras propias exportaciones—. Volvemos a encontrarnos en un juego de suma cero recíproco. La idea de que podemos ser todos más competitivos al mismo tiempo pasa por alto el hecho de que el comportamiento del conjunto de la economía es diferente a la evolución de las partes que componen el todo, especialmente en el plano regional. Y sin embargo, se siguen aplicando esas políticas de austeridad. ¿Por qué?

En el presente libro expongo un doble relato, a un tiempo inmediato e histórico, de los motivos que están determinando que la austeridad perdure a pesar de todas las pruebas que señalan su nocividad. La forma más breve de expresar esos motivos se resume en esto: lo que comenzó con los bancos termina con los bancos. Europa ni siquiera ha comenzado a pechar con la crisis bancaria desencadenada por las políticas económicas del Banco Central Europeo —una crisis que esa misma entidad comenzó a tratar de disimular a partir de 2011—. Todavía estamos esforzándonos por salvar los bancos, y el precio que estamos pagando es la prosperidad de todos. Hay, no obstante, una narrativa que no figura en el libro y que guarda relación con el futuro, y es justamente una historia que se aplica a España con mayor motivo que a ningún otro país.

En 1979, España era la octava potencia industrial del mundo. En la actualidad ocupa el puesto número diecisiete. Entre una y otra fecha, el país ha vivido un claro proceso de desindustrialización de modo que ha acabado convirtiéndose en un núcleo de actividad formado por playas, bancos, servicios empresariales y solares destinados a la construcción —todo lo cual dependía precisamente de los flujos de capital procedentes de los bancos del norte de Europa—. Esos flujos han estado manando liquidez durante una década, pero hoy se han secado. Lo que España y otros países meridionales parecidos a ella han hecho con esos ríos de capital ha sido comprar todo un conjunto de productos septentrionales con el dinero que esas naciones norteñas prestaban a sus ciudadanos con un preciso fin —dinero que pretendían recuperar justamente de esa forma—. Esa década de crecimiento prestado no ha sido en todos los casos la década de despilfarro que a menudo se pinta en los medios de comunicación de los países del norte de Europa. La gente olvida que entre principios y mediados de la década de 2000, el crecimiento de Grecia fue superior al de Alemania —y no todo habría de ser derroche, como prueba el nuevo metro de Atenas—. De manera similar, y con independencia de los muchos aeropuertos regionales desprovistos de todo tráfico aéreo que puedan encontrarse en España, hemos de tener presente el completo desastre que ha supuesto el nuevo aeropuerto de Berlín, lo cual debería hacernos recordar que los desaguisados derivados de una errónea gestión pública no conocen límites geográficos.

Sea como fuere, los tiempos del dinero barato se han acabado, y con ellos ha terminado también la idea de que es posible resucitar el modelo de negocio por el que se regía España antes de la crisis, que significa que ya no es posible reproducir las formas de desarrollo que anteriormente le permitieron abrirse camino en la economía global. Lo que ha llegado a su fin es la era en la que carecía de sentido tratar de batir a los alemanes en el terreno de la fabricación de automóviles porque ellos estaban dispuestos a prestarnos el dinero para que nos compráramos uno de los construidos en sus factorías. Actualmente los alemanes están vendiendo los coches en los mercados estadounidenses y asiáticos. España, al igual que sus vecinos de la periferia europea, necesita un nuevo modelo de negocio.

Esto es parte integrante de los elementos a los que apunta la Comisión Europea cuando habla de emprender «reformas estructurales». Ahora bien, esa consigna va mucho más allá de la abolición de los salarios mínimos y de la cancelación de los monopolios del taxi como suele querer insinuarse con las habituales listas de «reformas estructurales». Las reformas de este tipo han de venir del interior de la propia España, y para que consigan tener éxito será preciso que cuenten con el respaldo de los españoles. No pueden, ni deben, venir dictadas desde Bruselas. Lo triste es que sí suelen proceder de la sede administrativa de la Unión Europea (razón que explica en parte que estén abocadas al fracaso).

Las ideologías sólidas funcionan por la doble razón de que no solo son inmunes a los hechos empíricos, sino que las pruebas contrarias sirven en realidad para fortalecerlas. En concreto, el liberalismo ha adquirido la costumbre de insistir, cada vez que sus políticas cosechan un fracaso, en que la culpa ha de atribuirse al país que trató de aplicarlas, pero no, en ningún caso, a las políticas mismas. Esta es la razón de que nos digan que los griegos son unos perezosos, pese a que trabajan alrededor de seiscientas horas más al año que los alemanes. Por este mismo motivo, la economía española tampoco sufre realmente un 50 por 100 de paro juvenil, puesto que todos ellos trabajan —según nos cuentan desde esa misma ideología— en los bares de tapas o en alguna otra parte. El único problema de estas afirmaciones es que no son ciertas: por eso estamos asistiendo —y esto sí es real— al desempleo y la emigración de una generación entera. Y sin embargo, la ideología continúa...

Este libro es antes que nada una historia de las ideas, dado que lo que importa en último término

tanto en el ámbito económico como en otras muchas esferas de la vida, es aquello que se percibe como verdad, y no la verdad misma. La austeridad no puede conducir a España a una senda de crecimiento pero a pesar de ello todo el mundo seguirá intentando prosperar por esa vía porque las personas que tienen capacidad de decisión creen que las bondades de la austeridad son ciertas. Si quiere saber por qué, zambúllase en este libro.

Al escribir este texto he tenido oportunidad de aprender muchas cosas sobre España. Quisiera dar las gracias a dos personas en particular por haber contribuido a mi formación en este aspecto y por haber difundido la existencia de este libro: me refiero a Jorge y a Ramón Tamames. Y gracias también a la Editorial Crítica por haber tenido la cortesía de publicarlo en España. Es muy difícil cambiar una ideología arraigada, pero juntos podemos intentar hacerlo.

MARK BLYTH

Berlín, noviembre de 2011

Prefacio

La austeridad como cuestión personal

LA GÉNESIS DE ESTE LIBRO HA SIDO bastante inhabitual. En el mes de julio de 2010, David McBride, de Oxford University Press, me envió un correo electrónico en el que me preguntaba si me interesaría escribir un libro acerca del viraje por el que las políticas económicas han ido a desembocar en austeridad. La verdad es que por entonces yo llevaba ya algún tiempo acariciando la idea de elaborar una obra titulada «El fin del mundo liberal», pero era igualmente cierto que no se trataba de un proyecto que tuviera excesivamente adelantado. Por tanto, la oferta de Dave adquirió a mis ojos el aspecto de un proyecto alternativo caído del cielo. A fin de cuentas, alguien tendría que escribir un libro de esa índole, y dado que en dicha cuestión yo había puesto, como dicen los banqueros, «mi pellejo en juego» —por motivos que más adelante detallaré—, decidí contestar que sí a la propuesta. Poco después, Geoffrey Kirkman, director adjunto del Instituto Watson de Estudios Internacionales de la Universidad Brown, a cuya plantilla docente pertenezco, quiso saber si me gustaría producir algo que pudiera exponerse en un corto de vídeo. Y volví a responder afirmativamente: algo tenía que hacer para promover el nuevo libro que me había comprometido a escribir.

Estas dos oportunidades se me presentaron poco después de que el G20 emitiera el conocido comunicado final destinado a clausurar la reunión que acababan de mantener sus miembros en Toronto a lo largo del mes de junio de 2010. Ese cónclave del G20 vendría a señalar el momento en que la recién redescubierta economía keynesiana que había venido informando las respuestas dadas por los distintos estados a la crisis financiera mundial que llevaba viviéndose desde 2009 dio paso a una interpretación de los acontecimientos económicamente más ortodoxa y austera. El comunicado del G20 instaba a los estados allí congregados a poner fin a la asunción de aquellos gastos que destinados a lograr una reactivación económica, se habían venido realizando bajo el atavío de una noción denominada «consolidación fiscal orientada al crecimiento» —y que no es sino una caprichosa forma de decir «austeridad»—. Recuerdo que en esa ocasión me cruzó por la cabeza la idea de que «aquello venía a resultar tan verosímil como la observación de un unicornio provisto de unas alforjas repletas de polvos mágicos». Por consiguiente, tan pronto como tuve la oportunidad de rodar un vídeo me pareció que la manera de abordarlo debía hacer frente a la descabellada idea de la «austeridad como senda que conduce al crecimiento». Puede verse el vídeo en la siguiente dirección electrónica: <http://www.youtube.com/watch?v=FmsjGys-VqA>.

Parte del cometido de los profesores de universidad consiste en promover ideas y ejercer docencia. La otra parte de su tarea, y quizá la más importante, pasa por desempeñar el papel propio de «la puñ*t*ra política». Nuestro trabajo radica en examinar las ideas y los planes que los partidos, como partes interesadas, vienen a poner sobre la mesa con el fin de resolver nuestros problemas colectivos y determinar si esos proyectos huelen bien o no. Y la austeridad como vía de acceso al crecimiento como respuesta más adecuada para bregar con los coletazos de una crisis financiera no huele nada bien. Los argumentos que se esgrimen para explicar por qué hemos de observar una conducta económicamente austera hieren igualmente el olfato. En este libro encontrarán ustedes la versión

íntegra de por qué sostengo esto. La versión abreviada es la que acabó adoptando forma de vídeo. Sin embargo, al grabar ese vídeo, el productor, Joe Posner, me obligó a exprimir el destilado de lo que pretendía decir sobre esta particular cuestión en cinco minutos y medio. Y una vez que lo he hecho volví a centrarme en el libro, preguntándome si realmente me quedaba algo por decir.

La oportunidad de entrar a detallar con mayor minucia mi argumentación, es decir, la lógica académica del problema, dándole mayor cuerpo seguía perfectamente presente. Tanto las razones aducidas para explicar por qué hemos de ser todos austeros (dado que hemos gastado demasiado, etcétera) como la lógica que se emplea para exponer los supuestos efectos positivos de la política de austeridad —que los recortes facilitan el crecimiento— constituyen en términos generales un peligroso disparate, como veremos. No obstante, siguen siendo las ideas que actualmente predominan. Es posible que en el momento en el que este libro alcance a ver la luz las cosas ya no sean así, pero, entretanto, esas ideas habrán tenido tiempo suficiente para provocar un inmenso perjuicio.

Parte del motivo de ese estado de cosas se debe, como también habremos de comprobar, a cuestiones ideológicas. Pero, en parte, la razón de que esos planteamientos actúen con tantísima potencia revela ser de índole claramente palpable. Y el porqué de esto último guarda relación con un doble hecho de que una crisis bancaria estadounidense generada por la convicción de que determinadas entidades eran «demasiado grandes como para que el sistema se pudiera permitir su quiebra» acabara convirtiéndose en una crisis bancaria europea centrada en la eventualidad de que esa área económica viniera a tener «una extensión superior a toda posibilidad de rescate» —circunstancias ambas que han de ser estudiadas a su vez para comprender cómo han terminado internándonos a todo de hoz y coz, en la senda de la austeridad—. En el mejor de los casos, lo que estamos haciendo —sobre todo en Europa— es salvar a los bancos que ya empezamos a rescatar en 2008. Este libro me ha permitido comprender, aunque no sin esfuerzo, cuál es la razón de que unas ideas tan erróneas continúen alzándose con la primacía, y averiguar también cuáles son los motivos ideológicos y materiales que subyacen a ese predominio. Sin embargo, el hecho de volver a ocuparme de la redacción del libro después de haber elaborado el vídeo me hizo recordar otra de las razones que me animaban a escribir esta obra, una razón de carácter mucho más personal que tiene que ver con la quiebra de equidad que supone la política de la austeridad.

Yo nací en Dundee, Escocia, en 1967. Mi padre era carnicero y mi madre se dedicaba al alquiler de televisiones (pues sí, en efecto, en aquellos tiempos los aparatos de televisión eran tan caros que la mayoría de la gente optaba por arrendarlos). Mi madre falleció siendo yo muy niño así que me confiaron a los cuidados de mi abuela paterna. Crecí en un ambiente de (relativa) pobreza, y hubo temporadas en las que tuve que ir al colegio con los zapatos literalmente agujereados. Mi educación fue, en el sentido original de la palabra, notablemente austera. Los ingresos de la familia se redujeron al cobro de un cheque del gobierno, es decir, a la percepción de una pensión de jubilación del estado, lo que se añadía de cuando en cuando la ayuda económica derivada del trabajo manual de mi padre. Soy un chico crecido al calor del estado del bienestar. Y ese es un hecho del que además me siento orgulloso.

En la actualidad soy profesor de una de las universidades de mayor prestigio de Estados Unidos. En términos probabilísticos, puede decirse que soy un ejemplo de movilidad social intrageneracional tan extremo como el que más. Lo que ha hecho posible que me haya convertido en el hombre que ahora soy es precisamente el mismo elemento al que hoy se atribuyen las culpas de haber generado la propia crisis: el estado, o para ser más concretos, la desbocada, hipertrófica, paternalista

descontrolada entidad a la que se ha dado en llamar estado del bienestar. Sin embargo, algo huele podrido en esta concepción de las cosas. Gracias al estado del bienestar británico —por más raído que pueda resultar si se lo compara con la lustrosa realidad de sus primos del continente europeo, más prósperos— nunca me vi en el brete de tener que pasar hambre. La pensión que recibía mi abuela y el servicio de comedor gratuito de que disponía el colegio se ocuparon de ello. Debido al sistema de viviendas sociales jamás me faltó un techo bajo el que cobijarme. Las escuelas a las que asistí no eran de pago, y de hecho tuvieron el efecto de otras tantas rampas de promoción de la movilidad social para que todos aquellos a quienes les hubiera tocado una combinación ganadora en la aleatoria lotería genética de la vida pudieran salir del pozo ascendiendo por ellas.

Por lo tanto, lo que me preocupa, y en un profundo plano personal además, es que si se da a juzgar que la austeridad viene a ser la única forma de salir de esta, entonces hay que denunciar que no solo nos encontramos ante una conclusión injusta para la actual generación de «trabajadores obligados a rescatar a los banqueros», sino que posiblemente estemos impidiendo la repetición de casos como el mío.¹ La movilidad social que determinadas sociedades, como la del Reino Unido o Estados Unidos, consideraron un factor que debía darse por supuesto entre las décadas de 1950 y 1980, esto es, la misma movilidad que permitió que tanto yo como otros muchos como yo alcanzaran a realizarse, se ha encontrado de hecho un brusco final.² El desempleo juvenil que se constata en todos los rincones del mundo desarrollado ha alcanzado en muchos casos unos niveles nunca vistos. Y las políticas de austeridad no han conseguido más que agravar los problemas. La idea de recortar el estado del bienestar en nombre de un mayor crecimiento económico y de un aumento de las oportunidades es un insultante embuste. El objetivo de este libro consiste en lograr que todos tengamos presente este extremo y en contribuir de ese modo a garantizar que el futuro no se halle únicamente en manos del puñado de personas que ya cuentan con un buen número de privilegios. Para ser francos, creo que el mundo podría resultarle útil disponer de unos cuantos chicos más de las políticas asistenciales convertidos en profesores de universidad. Es una circunstancia que preserva la honestidad del resto de las realidades sociales.

Pero déjenme decir algunas palabras sobre el libro en sí. Lo he concebido a la manera de un conjunto de módulos. Si lo que desea es contar simplemente con una visión panorámica de lo que nos estamos jugando en el combate por la austeridad, le valdrá con leer únicamente el primer capítulo. Si aspira a saber por qué hemos de observar toda una conducta austera y cuál es la razón de que un enorme montón de hipotecas basura estadounidenses acabaran dinamitando la economía europea, consulte los capítulos dos y tres. Si lo que pretende es averiguar de dónde ha salido la idea de que la austeridad es una buena solución y trazar por tanto el árbol genealógico intelectual de esa noción, recorra los capítulos cuatro y cinco. Si le interesa indagar en los motivos que determinan la adición de peligrosidad del concepto de austeridad, ojee el capítulo seis —además, claro está, del segundo y tercer capítulo—. Si lo que busca es comprender de una sentada la raíz causal del enorme lío en el que se halla embarullado el mundo y de que sea a usted a quien se le exija pagar los platos rotos, examine la totalidad del libro.

Quisiera agradecer seguidamente a las numerosas personas que han permitido que este libro haya terminado por adquirir, aun fuera de plazo, el formato que finalmente tiene. Debo especial gratitud a mis colegas Cornel Ban, que me ha ayudado a estudiar los casos de la Europa del Este, y a Oddur Helgadóttir, por su aportación al análisis de Islandia. Por haberme aclarado la vertiente estadounidense de este drama, debo dar encarecidamente las gracias a David Wyss, a Beth Ar

Bovino, a Bruce Chadwick y a David Frenk. Para el análisis de la parte europea, agradezco muy particularmente los esfuerzos de Peter Hall, Andrew Baker, Bill Blain, Martin Malone, Simon Tilford, Daniel Davies, David Lewis Baker, Douglas Borthwick, Erik Jones, Matthias Matthijs, Josef Hiebl, Jonathan Hopkin, Kathleen McNamara, Nicolas Jabko, Jonathan Kirshner, Sheri Berman, Martin Edwards, Gerald McDermott, Brigitte Young, Mark Vail, Wade Jacoby, Abe Newman, Cornelia Woll, Colin Hay, Vivien Schmidt, Stefan Olafson, Bill Janeway, Romano Prodi y Alfred Gussenbauer. Una de las deudas de gratitud más especiales es la que he contraído con Stephen Kinsella y con Alexander Gourevitch, que han sido mis detectores de dislates económicos. Y en este mismo sentido también debo mencionar el trabajo de Dirk Bezemer y de John Quiggin. Chris Lydon me ayudó a encontrar el tono. Sin Lorenzo Moretti no habría sido capaz de ordenar las notas al pie. Anthony Lopez contribuyó a evitar que me repitiese, al localizar las citas de lo que ya habían dicho otros autores. Y Alex Harris demostró ser un lince para descubrir datos concretos.

Quiero expresar asimismo la gratitud que siento hacia el Instituto Watson de Estudios Internacionales de la Universidad Brown, que siempre me ha brindado todo su aliento y su respaldo manifestándome igualmente agradecido por la actitud de mis colegas de la Universidad Brown, que me han permitido disfrutar de un entorno de trabajo tremendamente estimulante. Debo también gratitud al Instituto para el Nuevo Pensamiento Económico de Nueva York —y por haber conseguido justamente eso: una nueva forma de enfocar las cuestiones económicas—. Saludo desde aquí a John Posner, el productor del vídeo sobre la austeridad que he citado anteriormente, y a Robin Varghese, que me envió unas informaciones que jamás habría sabido encontrar por mí mismo. Desde el punto de vista intelectual adquiere aquí relevancia la figura de dos colaboradores de índole bastante contradictoria (en el sentido de poseer dos personalidades muy distintas). A uno de ellos —Andre Haldane— no he tenido todavía oportunidad de conocerle, y el otro es Nassim Nicholas Taleb. C agradezco a ambos que me hayáis obligado a profundizar en mis reflexiones sobre la situación del mundo. Y por último, he de agradecer la intervención de David McBride, de la Oxford University Press, que tuvo la presencia de ánimo precisa para hacerme preguntas pertinentes, para espolearme cuando en cuando y para dejarme proseguir a mi aire en las ocasiones en que lo juzgó necesario. No obstante, lo que más he de agradecerle es que nunca perdiera la fe en mí. Pido disculpas a todas aquellas personas cuya inclusión en esta lista haya podido pasármese por alto. Como le dije en una ocasión al doctor Leonard McCoy un fiscal Klingon, la causa de ese olvido ha de atribuirse con toda probabilidad a la suma de los años y el alcohol.

MARK BLYTHE
Boston Sur, Massachusetts
diciembre de 2011

El estreno de una obra titulada «Austeridad, deuda y moralidad»

¿A QUÉ OBEDECE LA AUSTERIDAD?

El viernes 5 de agosto de 2011 vino a suceder un hecho que, desde el punto de vista fiscal, había dado en considerar inconcebible hasta entonces. La clasificación crediticia de Estados Unidos perdió el nivel de triple A (AAA) al venir a rebajar dicha nota la agencia internacional de calificación Standard and Poor's. Esto resulta un tanto problemático dado que el dólar estadounidense es moneda de reserva mundial, lo que significa (básicamente) que el resto del mundo considera que, en caso de emergencia, esa divisa ejerce la función de un depósito de valores. De este modo puede decirse, por ejemplo, que el valor de la práctica totalidad de los bienes negociables da en estimarse en relación con el valor del dólar y que esta moneda opera como anclaje del sistema monetario internacional. El lunes siguiente, día 8 de agosto de 2011, el valor medio del índice industrial del Dow Jones perdió 635 puntos, experimentando así la sexta mayor caída de su historia. Al mismo tiempo, en otro continente, las turbulencias sufridas por el mercado de obligaciones europeo —agitación que había iniciado en Grecia en 2009— amenazaba de pronto con hundir las economías de Italia y España socavando la credibilidad de la moneda única europea y generando dudas sobre la solvencia de todo el sistema bancario de Europa. Entretanto, Londres —uno de los centros financieros más importantes del mundo—, se vio asediado por toda una serie de manifestaciones y disturbios que no tardarían en extenderse, primero por toda la ciudad y más tarde a lo largo y ancho del país.

Las algaradas londinenses no tardaron en quedar disueltas, pero solo fue para asistir al arranque del movimiento Ocupa Wall Street, primero en el parque Zuccotti del neoyorquino barrio del Baj Manhattan, y más tarde por todo el territorio de Estados Unidos y el resto del mundo. Los motivos que lo impulsaban eran bastante difusos, pero había uno que destacaba de manera muy particular: el de preocupación producida por las desigualdades que, pese a haberse ido generando de forma larvada en el transcurso de los últimos veinte años, habían quedado enmascaradas por la ilusión de un fácil acceso a los créditos.¹ La llegada del invierno, unida a la acción policial, terminó provocando que los campamentos del movimiento Ocupa Wall Street quedaran finalmente desiertos, pero los problemas que habían suscitado la aparición de esas acampadas continuaron presentes. En este momento, la crisis financiera europea, agravada además por el peso de su deuda externa, ha iniciado una trágica peregrinación, transitando de una cumbre económica a otra, cumbres en las que únicamente se asiste al choque del ideal de la prudencia fiscal alemana con el 25 por 100 de desempleo que sufre España con el espectáculo de un estado griego empeñado en desgarrarse a sí mismo hasta sumirse en insolvencia y la pobreza generalizada mientras se le conceden créditos y más créditos para que continúe haciéndolo. En Estados Unidos, estos problemas se presentan bajo otra sintomatología: que integra la suma de un esclerótico crecimiento del sector privado, un persistente desempleo, pérdida de oportunidades de la clase media y la parálisis del estado. Si observáramos por separado

cada uno de estos elementos tendríamos la impresión de estar contemplando un panorama notablemente caótico. Pero si miramos con mayor detenimiento podremos comprobar que todos estos acontecimientos se hallan íntimamente relacionados. Lo que les une es el denominador común de una presunta cura: la austeridad, es decir, la aplicación de una política basada en la reducción de los presupuestos generales del estado con vistas a lograr la promoción del crecimiento.

La austeridad es una forma de deflación voluntaria por la cual la economía entra en un proceso de ajuste basado en la reducción de los salarios, el descenso de los precios y un menor gasto público — todo enfocado a una meta: la de lograr la recuperación de los índices de competitividad, algo cuyo mejor y más pronta consecución exige (supuestamente) el recorte de los presupuestos del estado y la disminución de la deuda y el déficit—. Según creen quienes abogan por esa terapia, la adopción de este paquete de medidas sabrá generar una mayor «confianza empresarial», dado que el gobierno habrá dejado tanto de «copar» el mercado inversor al absorber todo el capital disponible mediante la emisión de deuda como de incrementar la deuda nacional, ya «excesivamente grande» de por sí.

Como ha señalado el defensor de la tesis de la austeridad, John Cochrane, de la Universidad de Chicago, «Cada dólar que se destine a ampliar los gastos del gobierno implica necesariamente detracción de esa misma cantidad del impulso inversor privado. Los puestos de trabajo creados al calor de los estímulos vinculados con el aumento del gasto de la administración quedan contrarrestados por los empleos que se pierden como consecuencia del descenso de la inversión privada. Podemos dedicarnos a construir carreteras en lugar de fábricas, pero es imposible que los incentivos fiscales contribuyan a posibilitar el incremento de ambos empeños». ² La única pega es que esta forma de exponer los acontecimientos adolece de un pequeño problema: es completa y absolutamente equivocada, y en la mayoría de las ocasiones las políticas de austeridad son de hecho el error en el que es preciso no incurrir, debido justamente a que no vienen a generar sino los mismos resultados que se pretendían evitar.

Fijémonos, por ejemplo, en los motivos que adujo Standard and Poor's para rebajar la calificación crediticia de Estados Unidos. Los miembros de esa agencia sostuvieron que «una prolongada controversia relacionada con la posibilidad de aumentar o no el techo de deuda reglamentario y el subsiguiente debate sobre la política fiscal [...] está llamada a seguir constituyendo un proceso tan disputado como recurrente». ³ Sin embargo, el desplome del valor promedio del índice industrial del Dow Jones no se debió a esa rebaja de la calificación crediticia estadounidense. Quien entienda que el hecho de perder un viernes el nivel de triple A se vio inmediatamente seguido el lunes por un desmoronamiento del Dow Jones está confundiendo la correlación con la causación. Si los mercados se hubieran sentido efectivamente preocupados por la solvencia del gobierno de Estados Unidos, es obvio que esa inquietud se habría reflejado en el rendimiento de los bonos (esto es, en los intereses que el gobierno estadounidense tiene que pagar para conseguir que alguien asuma el riesgo de comprar su deuda), tanto antes como después de la rebaja de la calificación. El rendimiento de esas obligaciones debería haberse incrementado después de la pérdida de la triple A, puesto que esa situación traería consigo una pérdida de confianza de los inversores en la deuda estadounidense, de modo que el dinero debería haber afluído al mercado de valores en busca de refugio. Sin embargo, lo que se produjo fue una caída conjunta tanto de los rendimientos de los bonos como de las acciones bursátiles, dado que el motivo de que la bolsa descendiera fue la existencia de una inquietud de mayor calado: la vinculada con el temor de que se ralentizara la economía estadounidense en su totalidad, lo que es lo mismo: con el miedo a una ausencia de crecimiento.

Esto resulta doblemente extraño, habida cuenta de que se suponía que la causa de desaceleración prevista —esto es, el acuerdo al que habían llegado los republicanos y los demócratas en el senado estadounidense el día primero de agosto de 2011, por el que se aceptaba el establecimiento de un techo de endeudamiento que implicaba una reducción de 2,1 billones de dólares en el montante de los presupuestos públicos a lo largo de una década— debería haber contribuido a calmar los ánimos de los mercados al proporcionarles los recortes presupuestarios que tanto ansiaban. Sin embargo, lo que este nuevo compromiso con la austeridad vino a señalar fue el inicio de un período de menor crecimiento debido a que el descenso del gasto público iba a incidir de hecho en una economía ya previamente debilitada y a que los mercados de valores se desplomaron al enterarse de la noticia. Como diría en su momento, y no sin cierto grado de irónico eufemismo, Olivier Blanchard, director de investigaciones económicas del Fondo Monetario Internacional, «Los inversores financieros se comportan de un modo esquizofrénicamente contradictorio en todo lo que guarda relación con la consolidación fiscal y el crecimiento».⁴ En la actualidad, el drama de la deuda estadounidense está a punto de repetirse, presentándose en esta ocasión en la forma de un supuesto abismo fiscal: aquel por el que presuntamente habría de despeñarse Estados Unidos en el caso de que en enero de 2013 se pusieran por sí solos en marcha los mecanismos previstos para la reducción automática del gasto público si el Congreso no llegara a un acuerdo respecto a qué partidas concretas recortar. La esquizofrenia a la que Blanchard había aludido el año anterior sigue presentándose en esta reedición del problema, dado que ambos bandos no dejan de insistir de manera simultánea en la necesidad de introducir unos recortes que al mismo tiempo tratan de evitar.

Del mismo modo, se suponía que las políticas de austeridad debían acabar proporcionando una mayor estabilidad a los países de la eurozona, no minar su viabilidad. Tanto Portugal como Irlanda, Italia, Grecia y España (los llamados «PIIGS» de Europa) han implantado un conjunto de medidas de austeridad desde que se vieran golpeados por la crisis financiera de 2008. La hipertrofiada deuda del sector público griego, el excesivo grado de apalancamiento del sector privado español, la falta de liquidez de Portugal e Italia y la insolvencia de los bancos irlandeses terminaría obligando a los respectivos estados a acudir al rescate, abriendo enormes agujeros de deuda en sus presupuestos y generando un elevado déficit. Como ya sucediera en el caso de la fijación de un techo de endeudamiento en Estados Unidos, la presunta respuesta a sus problemas era también la austeridad. Recórtense los presupuestos, redúzcase la deuda y se retomará la senda del crecimiento al recuperar la «confianza».

Puestas así las cosas, evidentemente, a los PIIGS no les quedó más remedio que ir reduciendo sus presupuestos públicos en la misma medida en que asistían a la contracción de sus respectivas economías, mientras contemplaban el aumento —que no la disminución— de su deuda y veían dispararse, como era de esperar, la cuantía de los intereses que tenían que pagar para colocar sus obligaciones. El valor de la deuda neta portuguesa pasó de representar el 62 por 100 de su producto interior bruto en 2006 a suponer el 108 por 100 del mismo en 2012, mientras que los intereses que debían abonarse por las obligaciones portuguesas a diez años ascendieron del 4,5 por 100 registrado el mes de mayo de 2009 al 14,7 por 100 observado en enero de 2012. El porcentaje de la deuda neta irlandesa respecto del producto interior bruto del país, situado en un 24,8 por 100 en 2007, se elevó hasta el 106,4 por 100 en 2012, mientras que sus bonos a diez años pasaron de rendir un interés del 6 por 100 en 2007 a alcanzar la cifra récord del 14 por 100 en 2011. El país más paradigmáticamente representativo de la crisis y de las políticas de austeridad de la eurozona, Grecia, vio ascender

porcentaje de su deuda, que pasó de representar el 106 por 100 del producto interior bruto en 2007 a suponer el 170 por 100 en 2012, y ello a pesar de los sucesivos programas de recortes de austeridad de que en 2011 los titulares de las obligaciones de deuda griega se vieran forzados a encajar una pérdida del 75 por 100 de sus activos. En este momento, el bono a diez años de la República Griega está pagando a un interés del 13 por 100, lo que, siendo alto, constituye, no obstante, un importante descenso respecto del 18,5 por 100 que se abonaba en noviembre de 2012.⁵

Está claro que la austeridad no funciona, si por «no funcionar» entendemos que a través de ella no se consigue ni la reducción de la deuda ni el fomento del crecimiento económico. Todo lo contrario: al hacer que la compra de las obligaciones de esos gobiernos en apuros resultara más arriesgada (como demuestran los intereses que se cobran), esta política de austeridad ha venido a determinar de forma indirecta que los grandes bancos europeos que han adquirido grandes paquetes de bonos estatales (fundamentalmente en Alemania, Francia y Holanda) se encuentren ahora en una situación más peligrosa que antes. Y los inversores internacionales acabarían reconociendo la realidad de este estado de cosas, dado que entre el verano y el otoño de 2011 desapareció una gran parte del volumen de préstamos que se habían venido inyectando hasta entonces desde el ámbito privado en el sector bancario europeo; circunstancia a la que se respondió con la puesta en marcha de los mecanismos que el Banco Central Europeo contempla para este tipo de situaciones, a saber, la provisión urgente de liquidez (una provisión articulada en la práctica a través de las llamadas operaciones de refinanciación a largo plazo, o LTRO, según sus siglas inglesas: «long-term refinancing operations»), el programa adicional para la inyección urgente de liquidez (o ELA, de acuerdo con sus siglas inglesas: «emergency liquidity assistance program»), y, cómo no, la exigencia de nuevos planes de austeridad.⁶

Se suponía que el Reino Unido había logrado sustraerse a esta sucesión de calamidades gracias al hecho de haber aplicado políticas de «restricción preventiva», o lo que es lo mismo, por haber comenzado por adoptar medidas de austeridad para cosechar después los beneficios del crecimiento una vez recuperada la confianza de los inversores. Sin embargo, hemos de decir una vez más que este enfoque terminaría sin arrojar exactamente los resultados previstos. Pese a que el rendimiento de los bonos del Reino Unido sea inferior al de muchos de los países de su entorno, lo cierto es que esta circunstancia no guarda una excesiva relación con el hecho de que Inglaterra practicara la austeridad en su momento, sino más bien con la particular circunstancia de que el Reino Unido cuente con una moneda y un banco central propios. Por consiguiente, Gran Bretaña puede asumir con credibilidad el compromiso de respaldar a su sector bancario con un flujo ilimitado de efectivo, hallándose además en condiciones de hacerlo por vías que no se encuentran al alcance de los países pertenecientes a la eurozona —por no mencionar el dato de que también dispone de la posibilidad de permitir la depreciación de los tipos de cambio, dado que todavía posee un mercado cambiario—.⁷ Desde luego, la gráfica del crecimiento del Reino Unido tampoco ha dibujado ningún pico positivo como respuesta a esa peculiar situación, ni puede decirse que disfrute de la confianza de los inversores. Los británicos se encuentran tan alicaídos como todos los demás países, a pesar de haberse apretado el cinturón de manera preventiva, y lo cierto es que los indicadores económicos del Reino Unido están señalando una dirección fundamentalmente contraria a la deseada, lo que vuelve a mostrar que la austeridad acarrea más perjuicios que ventajas.

~~El hecho de que la austeridad no funcione, sencillamente, es la primera razón que me lleva a afirmar que se trata de una idea peligrosa. Sin embargo, esa peligrosidad emana también de otro hecho: el de que la forma en que tanto los políticos como los medios están presentando la noción de austeridad —como amortización forzosa de algo denominado «crisis de la deuda soberana» supuestamente causada por el comportamiento de unos estados que, al parecer, se habrían dedicado a «gastar en exceso»— constituye una representación fundamentalmente errónea de los hechos. Estos problemas, incluido el de la crisis de los mercados de obligaciones, se inició en los bancos y terminó también en ellos. El actual desbarajuste no se debe a una crisis de la deuda soberana provocada por que alguien haya incurrido en unos gastos excesivos, salvo en el caso de los griegos, que sí lo hicieron. En todos los demás países, el problema son los bancos, cuya responsabilidad ha de ser asumida por los soberanos, especialmente en la eurozona. El solo hecho de que se haya dado en denominarla una «crisis de la deuda soberana» sugiere ya que se ha venido a poner en marcha un interesantísimo caso político de «tácticas engañosas».~~

Antes de 2008 a nadie le preocupaba el volumen «excesivo» de las deudas o los déficits nacionales, excepto a un puñado de conservadores radicales de Estados Unidos y otros países. En Estados Unidos, por ejemplo, los halcones contrarios al déficit acabarían prácticamente por hacer mutis con el rabo entre las piernas, dado que la administración de Bush, que había enarbolado la bandera del conservadurismo fiscal, optó por elevar a nuevas cimas tanto la deuda como el déficit manteniendo, no obstante, estable la inflación.⁸ Ni siquiera se prestó excesiva atención al déficit y a la deuda en aquellas naciones en que la cantinela predominante era la de atenerse a la prudencia fiscal: por ejemplo, en la Gran Bretaña de Gordon Brown, o en España e Irlanda, cuyas trayectorias recibieron grandes parabienes y elogios al ser consideradas como modelos económicos debido a su dinamismo comercial —y lo cierto es que realmente lo eran—. En 2002, la deuda del sector público italiano venía a representar el 105,7 por 100 del producto interior bruto, y no parecía importarles a nadie. En 2009, el porcentaje era casi exactamente el mismo y todo el mundo estaba angustiadísimo.

Evidentemente, lo que hizo variar el rumbo de las cosas fue la irrupción de la crisis financiera global declarada entre 2007 y 2008, cuyas repercusiones resuenan hoy con nuevos ecos. El coste derivado del rescate, la recapitalización y el empleo de otros medios para salvar del hundimiento al sistema bancario mundial se sitúa —en función, como veremos, del modo en que se echen las cuentas— entre tres y trece billones de dólares.⁹ En su mayor parte, el peso de esta cifra ha venido descargarse en los balances contables de los diferentes gobiernos, que tienen que enjugar los costes del fiasco (y esa es justamente la razón de que le hayamos dado erróneamente el nombre de crisis de la deuda soberana, cuando de hecho se trata de la metamorfosis de una crisis bancaria perfectamente camuflada).

Como veremos en el capítulo dos, el gobierno de Estados Unidos consideró que las dimensiones del sistema bancario del país, en el cual radica el origen de la crisis bancaria global, eran «demasiado grandes como para permitir su fracaso», de modo que al quedar dicho sistema entrampado en el período comprendido entre 2007 y 2008 la administración no consintió su caída. El precio que hubo que pagar por no aceptar ese descalabro fue la conversión de la Reserva Federal estadounidense en un «banco malo» (lleno a reventar de activos tóxicos que hubieron de canjearse por dinero en efectivo con el fin de mantener activo el sistema de préstamos), lo que habría de obligar a su vez al gobierno federal a asumir un agujero en sus finanzas al tener que calafatear las brechas abiertas como consecuencia de

pérdida de ingresos generada por el desplome bancario, a cambio, claro está, del aumento del gasto en cuenta del déficit y de la emisión de deuda. Como suele decirse, todas las buenas acciones tienen un castigo. En fin, estos son los hechos que sabemos. Lo que ya resulta menos conocido es que la segunda parte de esta crisis no es más que una variante del drama anterior, aunque ahora mismo el escenario de la obra se sitúe en Europa.

Es muy posible, como se alega, que los griegos hayan mentido acerca de su deuda y su déficit, pero como veremos en el capítulo tres, los griegos son aquí la excepción, no la regla. Lo que en realidad ha sucedido en Europa ha sido que a lo largo de la década posterior a la introducción del euro fueron muchos los grandes bancos de los principales países europeos que se dedicaron a comprar enormes volúmenes de deuda soberana periférica (la cual vale ahora muchísimo menos), apalancando después (es decir, reduciendo sus fondos propios e incrementando su deuda para obtener más beneficios) notablemente más que sus homólogos estadounidenses. El hecho de haber procedido a un apalancamiento tan grande, que en algunos casos alcanzó proporciones de cuarenta a uno o más, significaba que la disminución de la rentabilidad de sus activos en unos pocos puntos porcentuales podía sumirles en la insolvencia.¹⁰ Por consiguiente, los bancos europeos, lejos de ser demasiado grandes como para permitir su caída, terminaron revelándose —al sumar el conjunto de sus pasivos— «demasiado voluminosos para un rescate» (por parte de cualquier gobierno), un fenómeno que el euro, como veremos más adelante, solo conseguiría exacerbar.

De este modo, por ejemplo, los tres bancos más importantes de Francia disponen de unos activos cuyo valor se eleva a poco menos de dos veces y media el producto interior bruto francés.¹¹ En cambio, el valor total de todo el sector bancario estadounidense equivale aproximadamente al 120 por 100 de su producto interior bruto. Estados Unidos puede poner a funcionar las máquinas impresoras de billetes y salir así de un apuro debido a que cuenta con una rotativa propia y a que el dólar es el activo internacional de reserva. Francia no puede hacer lo mismo, dado que el estado francés ya no tiene la posibilidad de darle a la manivela, lo que significa que tampoco puede sacar de un atolladero a sus bancos mediante un rescate directo. Otro tanto les ocurre a España y a todos los demás países de zona euro. En consecuencia, si los tipos de interés de las obligaciones del gobierno francés suben no se debe a que Francia no pueda sufragar su estado del bienestar, sino a que su sistema bancario se ha convertido en un pasivo excesivamente oneroso como para admitir la posibilidad de un rescate por parte del estado.

No obstante, si uno de esos gigantescos bancos llegara a quebrar, tendría que ser rescatado por el estado que lo avala. Si el porcentaje de deuda de ese estado respecto de su producto interior bruto es del 40 por 100, el rescate es posible. Si se encuentra por el contrario en niveles cercanos al 90 por 100 resulta prácticamente imposible que el estado asuma la carga de ese pasivo en sus balances sin que los intereses de su deuda se eleven a cifras astronómicas. Esta es la razón, como comprobaremos a lo largo de los dos próximos capítulos, de que la totalidad de Europa se haya visto en la necesidad de adoptar medidas de austeridad, puesto que los balances generales de todos y cada uno de los estados nacionales han de actuar al modo de otros tantos amortiguadores y encajar el impacto que afecta al sistema entero. Y dado que ya hemos rescatado a los bancos, de lo que ahora tenemos que asegurarnos es de que los balances públicos posean margen suficiente para respaldarlos. Este es el motivo de que se nos haya instado a ser austeros. Y sigue siendo una cuestión total y absolutamente relacionada con la determinación de salvar a los bancos.

En los dos próximos capítulos nos ocuparemos de explicar cómo se ha llegado a esta situación

pero ahora mismo lo que se hace necesario es recordarnos a nosotros mismos que efectivamente sucedió. Esto es antes que nada una crisis bancaria, y solo secundariamente una crisis de la deuda soberana. No hay duda alguna de que los mercados de deuda soberana se encuentran en crisis, sobre todo en Europa. Pero ese estado de cosas es el efecto, no la causa. No ha habido ninguna orgía de gastos gubernamentales que justifique que nos hallemos ahora en este brete. Nunca ha existido un riesgo generalizado de que el mundo entero acabara siguiendo la senda griega. No hay ningún peligro inminente de que Estados Unidos vaya a verse abocado a la quiebra. Si dejamos momentáneamente a un margen del análisis los gastos reales y el hecho de que todavía existen pasivos provocados por la fractura de los sistemas bancarios nacionales, no existe ninguna crisis de la deuda soberana generada por una asunción de gastos suntuarios. Lo que ha empezado siendo una crisis bancaria no es en último término otra cosa que una crisis bancaria, por mucho que pase por las arcas estatales. Sin embargo padecemos una política destinada a dar la impresión de que todo esto es culpa de los estados a fin de que los verdaderos responsables de la quiebra no tengan que pagarla. La austeridad no es solamente un coste asumido de salvar a los bancos. Es un coste que los bancos pretenden endosar a otros.

BILL GATES, DOS VERDADES SOBRE LA DEUDA Y UN ZOMBI

Ahora bien, cualquiera diría que, intuitivamente, lo de la austeridad tiene sentido, ¿no? No es posible gastar a manos llenas para promover la prosperidad, sobre todo si uno ya tiene contraídas muchas deudas anteriores, ¿no es así? La noción de austeridad no solo es intuitiva y atrayente, también tiene una muy práctica virtud de poderse condensar con la expresión: *no se pueden saldar deudas contrayendo nuevas deudas*. Si uno tiene una deuda excesiva ha de dejar de asumir gastos. Esto es muy cierto, al menos en principio. Sin embargo, al concebir la austeridad de este modo no solo no ahondamos lo suficiente en la cuestión, sino que tampoco planteamos las interrogantes distributivas verdaderamente relevantes: ¿quién paga la reducción de la deuda, y qué sucede si todo el mundo intenta saldar sus deudas al mismo tiempo?

Los economistas tienden a considerar que las cuestiones relacionadas con la distribución de los bienes se explican adecuadamente imaginando que Bill Gates entra en un bar. Tan pronto como cruza el umbral del establecimiento, todo el mundo se vuelve millonario, dado que el promedio de renta *per cápita* de las personas que ocupan la taberna se dispara inmediatamente. Esto es tan cierto desde el punto de vista estadístico como absurdo en términos empíricos. La realidad es que no hay ningún millonario en el bar, sino únicamente un multimillonario y un puñado de tipos cuya renta *per cápita* reduce a unas cuantas decenas de miles de dólares o menos. Las políticas de austeridad son objeto de ese mismo espejismo estadístico y distributivo debido a que la percepción de los efectos de la austeridad es diferente a lo largo de la escala de distribución de ingresos. Las personas que se encuentran en la parte más baja de esa distribución de ingresos salen perdiendo más que las que se sitúan en la franja superior, y ello por la sencilla razón de que los individuos de la zona alta dependen mucho menos de los servicios que proporciona el gobierno y pueden permitirse, por tanto, el lujo de perder más, puesto que, para empezar, disponen de una mayor riqueza. Por lo tanto, y a pesar de que sea muy cierto que *no se pueden saldar deudas contrayendo nuevas deudas*, no lo es menos que si los ciudadanos a quienes se les exige pagar la deuda no pueden permitirse hacerlo, o perciben que esa obligación es injusta y desproporcionada, las políticas de austeridad terminarán revelándose sencillamente inútiles. En una democracia, la sostenibilidad política se impone invariablemente a

necesidad económica.

Hay, no obstante, una segunda verdad que viene a socavar por completo la solidez de afirmación anteriormente mencionada: la de que «si se tienen deudas excesivas debe interrumpirse el gasto». Es decir, *no podemos frenar todos al mismo tiempo nuestro impulso de crecimiento*. No hay duda de que es perfectamente sensato que todo estado trate de reducir sus deudas. Pondré un ejemplo: el incesante crecimiento de la deuda está literalmente abocando a Grecia al impago. La asunción de nuevas deudas, los empréstitos y los rescates financieros no están resolviendo el problema. Sin embargo, lo que se revela cierto en el caso de las partes —que es bueno que Grecia reduzca su deuda— no lo es en cambio si se aplica a la suma de esas partes. Esto significa que si Grecia recorta su deuda mientras sus socios comerciales —esto es, el resto de los estados de Europa— se empeñan en imitarla al mismo tiempo la recuperación se vuelve muchísimo más difícil.

Tendemos a olvidar que es preciso que uno gaste para que otro ahorre. De lo contrario el ahorrador carecerá de ingresos que le permitan economizar. Y hemos de recordar también que la deuda no es únicamente el pasivo de un individuo o entidad, sino el activo y la fuente de ingresos de otra persona, física o jurídica. De la misma manera que no es posible que todos acumulemos activos líquidos (o sea, dinero en metálico), dado que eso exige que haya alguien dispuesto a poseer unos activos de carácter menos líquido (acciones o casas), tampoco podemos ponernos todos a reducir simultáneamente la tendencia al crecimiento. Para que una empresa pueda beneficiarse de una reducción de los salarios (lo cual le permite tener costes más competitivos) ha de haber otra dispuesta a invertir dinero en lo que esa compañía produce. John Maynard Keynes dio muy acertadamente a esta verdad el nombre de «paradoja del ahorro»,* que consiste en lo siguiente: si todos nos ponemos a economizar a un tiempo no hay consumo capaz de estimular la inversión.

Como veremos en los próximos capítulos, si una parte de la premisa de que las inversiones y el crecimiento son fruto de la confianza vendrá a pasar casi totalmente por alto este extremo. El problema al que aquí nos enfrentamos es una variante del razonamiento conocido como «falacia de la composición», no un problema de confianza, y la falacia de la composición nos dice que lo que es cierto respecto del todo no lo es en cambio respecto de las partes. Esto viene a contradecir tanto los dictados del sentido común como buena parte de la actual política económica, pero resulta de vital importancia que alcancemos a entender esta idea, dado que es la tercera de las razones que me llevan a mantener que la austeridad es un concepto peligroso. Esta tercera razón se enuncia como sigue: *no es posible que todos sigamos políticas de austeridad al mismo tiempo*. De lo contrario, lo único que consigue es que la economía se contraiga en todas partes.¹²

Si comparamos lo que ocurre en los períodos de inflación y deflación quizá podamos entenderlo mejor. Una de las cosas extrañas de los períodos presididos por la inflación es que son prácticamente el único momento en el que las personas que ocupan los peldaños más altos de la escala distributiva vienen a mostrar cierta solidaridad con el conjunto de la población pobre. Cada vez que surge un brote inflacionista se nos dice que la situación viene a «golpear fundamentalmente a las clases más desfavorecidas», dado que sus ingresos son bajos y a que por tanto se ven más afectados por la subida de los precios.¹³ Esto no es, en el mejor de los casos, sino una verdad a medias, dado que la mejor forma de entender lo que representa la inflación es posiblemente verla como una especie de impuesto específicamente dirigido a una determinada clase social. Cuando «es mucho el dinero» que persigue la adquisición de unos «bienes escasos» —es decir, en caso de inflación—, no son los acreedores quienes se benefician de la situación, sino los deudores, puesto que a mayor inflación, menores serán los

ingresos reales que se necesitan para devolver la deuda contraída. Dado que suele haber en todo momento más deudores que acreedores, y dado que los acreedores son, por definición, individuos que pueden prestar efectivo, hay autores que sostienen que la democracia muestra cierta tendencia a la inflación. Por consiguiente, las políticas destinadas a reducir la inflación acostumbran a adoptar la forma de una restauración del valor «real» del dinero, restauración que se consigue forzando la bajada de las tasas de inflación a través de la acción de un conjunto de bancos centrales «independientes» (esto es, independientes de nosotros). Los acreedores salen ganando y los deudores perdiendo. Podría debatirse acerca de ese balance de beneficios, pero seguimos hallándonos ante un impuesto específico de clase.

Todo lo contrario ocurre con la deflación, que no solo es lo que la austeridad exige, sino que constituye el pie a la puesta en marcha de una política de carácter mucho más dañino, dado que la primera medida de autoprotección que aceptará asumir cualquier persona (como la de encajar un recorte salarial para conservar el puesto de trabajo, por ejemplo) arroja en realidad un resultado de suma cero frente a las demás iniciativas que puedan adoptar sus demás conciudadanos (habida cuenta de que, al proceder de ese modo, desciende la capacidad de consumo de la primera persona a la que aludíamos, contrayéndose la demanda para el resto). Nos encontramos de nuevo ante un caso de falacia de la composición. Nadie sale ganando, sino al contrario, todo el mundo sale perdiendo; y cuanto más se esfuerce uno por ganar, peores serán los resultados, como ha venido comprobándose en la periferia de la eurozona a lo largo de los últimos años.

Este problema se revela especialmente pernicioso cuando se combina con una política de austeridad generalizada, puesto que si los sectores público y privado de un país se proponen amortizar su deuda al unísono (haciendo lo que se llama un desapalancamiento), la única forma de lograr que el país crezca es incrementar el volumen de las exportaciones que realiza —preferiblemente en un entorno que disfrute de unos tipos de cambio inferiores— a otro estado que todavía conserve su capacidad de gasto. Ahora bien, si todo el mundo aplica la misma estrategia de contención del gasto, como está sucediendo actualmente en Europa, el proceso se vuelve contraproducente. La sencilla narrativa condensada en aquello de que «la deuda es excesiva, frenémosla en seco» se vuelve pronto sorprendentemente compleja, dado que los gestos que nos impulsa a realizar nuestro propio sentido común acaban por generar justamente los resultados que estábamos tratando de evitar, de modo que cuantos más recortes intentemos introducir —como bien está probando al mundo la evolución de las situaciones de Grecia y España— peor parados terminaremos saliendo. No podemos cortar todos la progresión de nuestro crecimiento, del mismo modo que no podemos exportar unánimemente y a la vez sin preocuparnos en forma alguna de quién se dedica a importar. Es el problema de la falacia de la composición socava de manera prácticamente total la idea de la austeridad como fórmula para promover el crecimiento.

Como hemos de ver con mayor detalle en lo que sigue, han sido muy pocas las ocasiones en que los estados han conseguido hacer que la austeridad se revele operativa, y además ese resultado únicamente se ha producido en ausencia de toda problemática ligada con la falacia de la composición, es decir, cuando ha habido estados de dimensiones superiores a las del que efectúa los recortes, dispuestos a importar, y de forma masiva, a fin de compensar los efectos de la reducción de gastos. Lamentablemente, el escenario en el que se encuentra hoy la inmensa mayoría de los países no es el de un mundo de ese tipo. Es más, en las condiciones que actualmente predominan, y aun admitiendo que pudiera gestionarse efectivamente la cuestión de la sostenibilidad política (es decir, la de determinar

de manera factible quién ha de asumir los costes de la situación creada), el problema económico (derivado del hecho de que todo el mundo esté practicando recortes al mismo tiempo) acabaría por debilitar igualmente los cimientos de tal medida política.¹⁴

El economista australiano John Quiggin ha tenido la útil ocurrencia de dar el nombre de «zombi económicos» a aquellas ideas económicas que no acaban de desaparecer, ni siquiera teniendo en cuenta contra un conjunto de enormes incongruencias lógicas y un buen número de fallos empíricos monumentales. Si la idea de la austeridad ha revelado ser un zombi económico ha sido debido a que, pese a haberse visto refutada una y otra vez, es una noción llamada a resucitar una y otra vez.¹⁵ Y el hecho de que dé la impresión de no morir nunca se debe, por un lado, a que la intuitiva noción de que «la asunción de una mayor deuda no resuelve las deudas anteriores» continúa resultando seductora por su simplicidad y, por otro, a que permite que los conservadores sigan tratando de expulsar (una vez más) de la ciudad al detestado estado del bienestar.¹⁶ En resumen, tres son las razones que avalan la afirmación de que la austeridad es una idea peligrosa: que no funciona en la práctica; que su fundamento descansa en la pretensión de que los pobres acaben pagando los errores de los ricos; y que necesita como condición la ausencia del largo brazo de la falacia de la composición, una falacia cuya presencia resulta más que patente en el mundo moderno.

¿QUIERE ESO DECIR QUE NO IMPORTA HABER ACUMULADO «TODA ESA DEUDA»?

Lo cierto es que la deuda resulta claramente relevante. Constituye un problema, y quienes hablan en favor de la austeridad basándose en argumentos que vayan más allá del simple odio innato al estado y a todo cuanto produzca no están arremetiendo contra ningún molino de viento. Aunque no nos veamos «ahogados por las deudas», hay un gran número de autores en el mundillo académico quienes les preocupa la posibilidad de que podamos vernos expuestos a algo más que a una leve incomodidad pasajera en caso de no tener cuidado. El muy citado artículo de Carmen Reinhart y Kenneth Rogoff titulado «Growth in a Time of Debt» viene a exponer el argumento de que toda deuda gubernamental que supere el umbral crítico del 90 por 100 del producto interior bruto puede terminar convirtiéndose en una significativa rémora para la economía.¹⁷ Se trata desde luego de una afirmación a la que no le faltan detractores, pero a pesar de esos reproches, el núcleo esencial de la tesis admite ser reformulado del siguiente modo: ¿por qué habría de querer ningún estado arrastrar y asumir el lastre de semejante endeudamiento de no verse en la necesidad de hacerlo?¹⁸ Tendiendo la vista hacia un horizonte todavía lejano, Simon Johnson y James Kwak argumentan que, «a largo plazo, Estados Unidos se enfrenta efectivamente a un problema de deuda» que no contribuye sino a alimentar un clima político dominado por «la histeria, la demagogia y el engaño», circunstancia que, andando el tiempo, acabará desembocando en la introducción de un conjunto de recortes cuyo impacto habrá de repercutir fundamentalmente en «aquellas personas que menos pueden permitírselo».¹⁹ El resultado final, suponiendo que a corto plazo Estados Unidos no se vea expuesto a los efectos de una fuerte subida de los tipos de interés, terminará «convirtiendo a Norteamérica en un país similar al típico estado latinoamericano, esto es, en una nación integrada por un puñado de multimillonarios refugiados en toda una serie de islas privadas [...] por una clase profesional acomodada [...] y por una vasta clase baja obligada a bregar penosamente para salir adelante».²⁰ Resultaría fácil señalar, no sin cierto cinismo, que la verdad es que ya nos encontramos en una situación bastante parecida, pero, una vez más, la afirmación cuenta con una buena base. El hecho de hacer frente a la deuda que hoy tenemos

sample content of Austeridad: Historia de una idea peligrosa

- [download online Shelley's Music](#)
- [read Music in the USA: A Documentary Companion](#)
- [download online *Fateful Triangle: The United States, Israel, and the Palestinians \(Updated Edition\)*](#)
- [click **The Carbon Farming Solution: A Global Toolkit of Perennial Crops and Regenerative Agriculture Practices for Climate Change Mitigation and Food Security** online](#)
- [read online *Very Bad Men* here](#)

- <http://www.celebritychat.in/?ebooks/Shelley-s-Music.pdf>
- <http://econtact.webschaefer.com/?books/Hypothyroidism--Health---Happiness--The-Riddle-of-Illness-Revealed.pdf>
- <http://patrickvincitore.com/?ebooks/Harmony-and-Voice-Leading.pdf>
- <http://pittiger.com/lib/The-Carbon-Farming-Solution--A-Global-Toolkit-of-Perennial-Crops-and-Regenerative-Agriculture-Practices-for-Climate>
- <http://weddingcellist.com/lib/Very-Bad-Men.pdf>